

# HIJOS DEL BALÓN

Relatos de África

Relatos de fútbol

El Aleph · ElCobre







# grup62



El Aleph Editores · Ediciones ElCobre





HIJOS DEL BALÓN

grup62

Colección Casa África  
Título original: *Enfants de la balle*  
© Editions Jean Claude-Lattes, 2010  
Diseño gráfico: G. Gauger

Primera edición: septiembre de 2010  
© de la traducción: Manuel Serrat Crespo

La edición de este libro ha sido  
patrocinada por



CASA ÁFRICA



© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U.,  
El Aleph Editores  
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona  
correu@grup62.com  
www.grup62.com

Fotocompuesto en TGA  
Impreso en Bookprint  
Depósito legal: B-37321-2010  
ISBN: 978-84-7669-973-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

# HIJOS DEL BALÓN

Relatos de África

Relatos de fútbol

El Aleph Editores

ElCobre

Traducción del francés de Manuel Serrat Crespo

grup62



## Prefacio

Ésta es la historia de un pequeño refugiado. Un chiquillo de Mogadiscio, medio pilluelo y medio estrella del rap, que comienza muy mal en la vida. Se llama Keynaan. Por una de esas jugarretas de las que el destino nunca se muestra avaro, su nombre significa «el Viajero». Nace en 1978. En los años de fuego, en lo más duro de la dictadura somalí bajo la férula del general Siyad Barré que acaba de condenar, en 1976, a Nurud-din Farah, el más célebre escritor del país, a un largo exilio que jamás finalizará. Es la historia de Keynaan el refugiado que se convirtió en K'naan el artista a medias canadiense y a medias somalí. Es también la historia del África que hace llegar sus tentáculos hasta las grandes llanuras de América del Norte. Es una historia de exilio, de pruebas y de resistencia.

A K'naan le gustan las palabras, la música y el continente que le vio nacer. En 1991, tras la caída del régimen de Siyad Barre, Somalia se hunde en el caos y en la guerra civil. Centenares de miles de somalíes huyen de su país. A los trece años, tan sólo, embarca a bordo del último vuelo comercial hacia Nueva York con su madre, sus hermanos y hermanas. Se reúnen con el padre, que había partido a trabajar como taxista. La familia se instala unos meses en Harlem antes de diri-

girse a Toronto, en Rexdale, un barrio conocido por su violencia. Mientras se pelea con la lengua de Shakespeare y de Soyinka, el pequeño refugiado no olvida la tradición poética de los somalíes. En 2001, durante un concierto que celebra el aniversario del Alto Comisariado para los refugiados, declama un slam en la sede de la ONU. Es allí descubierto por el cantante senegalés Youssou N'Dour, que le toma bajo su halo. El resto es ya conocido. Con cuatro discos en cuatro años (*My Life is a Movie*, 2004; *The Dusty Foot Philosopher*, 2005; *The Dusty Foot on the Road*, 2007; *Troubadour*, 2009), el pequeño refugiado se ha convertido en una celebridad internacional. «Wavin' Flag», uno de los títulos de su último álbum, ha sido elegido como el himno oficial de la primera Copa del Mundo organizada en tierra africana.

K'naan es el símbolo de esta África joven, conquistadora, cosmopolita y desacomplejada. Habla de exilio, de amor y de regreso al país sin dimisión ni pathos. Contempla África con los ojos de mañana. Los once escritores reunidos aquí podrían ser sus parientes, sus tíos o sus hermanos o hermanas mayores. Son de África y del mundo entero. Proceden de Argelia, de Marruecos, de Djibuti, del Congo, de Sudán, de Togo, de Nigeria, de la isla Mauricio y de África del Sur. Vivan en Lomé o en Los Ángeles, en París, en Barcelona, en Berlín o en Lagos, contemplan, también ellos, sus países y su continente con los ojos de mañana. Todos sienten por el fútbol, ese lenguaje universal, una pasión si no un evidente interés. Reunir a esos once escritores en torno al tema del fútbol ha sido, para mí, tanto desafío como un placer. El fútbol es aquí el hilo

de Ariadna que conecta todos esos relatos y los universos extraños, obsesionados, inocentes o flameantes que los autores despliegan, con pluma segura, ante nuestros pasmados ojos. Aunque el fútbol sea un pretexto literario, no aparece nunca como un pelo en la sopa o como un ornamento brillante pero gratuito. Algunos autores han sido jugadores de verdad, otros son aficionados, jugadores de domingo, expertos plumíferos en materia futbolística. El placer de leer camina junto al de jugar o apreciar un buen partido.

Siempre me ha gustado el fútbol, su libertad, su economía, su faceta de esfuerzo gratuito y, sobre todo, sus imprevistos. Nacido en un barrio de barracas, en pleno centro de Djibuti, el fútbol acompañó mi juventud y mi adolescencia. Me entregué a ese deporte porque era el único a mi alcance: a fin de cuentas sólo se necesita un pedazo de plástico o un montón de trapos hechos una bola. Una pelota de tenis puede servir también. Hacia mis trece o catorce años, abandoné el fútbol a regañadientes. Y en ese período debí de iniciar, aun sin saberlo, una lenta migración hacia la soledad, hacia la introspección y, más tarde, la escritura. Unas secuelas de la polio, contraída a los seis años, pusieron fin a mi «carrera», o más exactamente mis compañeros de juego me empujaron hacia la salida. Eran conmigo tan atentos y delicados. Me ofrecieron primero el puesto de portero, donde yo no era muy bueno, luego el papel de jugador reserva como un cero a la izquierda, dicho de otro modo, el equipo para el que jugaba podía tener un jugador más —yo, en ese caso— sin que eso

tuviera consecuencias. Aquello me hirió pero me adapté también al nuevo dato, improvisándome unas veces como entrenador, otras como consejero técnico. A los veintitrés años, casi, llevaba a cabo esta misión, con la mayor seriedad del mundo, en el equipo de los estudiantes de Djibuti que se movían por el campus de la universidad de Caen. A mitad de los años 1980, los estudiantes africanos solían organizar una especie de Copa de África de las Naciones, y especialmente durante las largas vacaciones de Navidad y de Pascua, y después de que los estudiantes autóctonos hubiesen abandonado las ciudades universitarias. Los marroquíes ganaban casi siempre porque eran con mucho los más numerosos. Los marfileños y los cameruneses solían seguirles los pasos. Los de Djibuti —apenas si teníamos efectivos para confeccionar un equipo y a veces nos faltaban reservas— eran alabados por sus proezas técnicas, su talento individual y la belleza de su juego, pero lo que debía suceder sucedió. La cuchilla caía casi sistemáticamente en cuartos de final. Y yo, el consejero técnico, una vez tragada la decepción general, tenía la tarea de subir la moral a mis tropas y esbozar planes para las próximas vacaciones.

Ahora me he alejado de los campos de fútbol pero sigo, siempre con emoción y aprehensión, el periplo de mis dos muchachos en las competiciones o cuando les llevo al estadio Michel-d'Ornano, el campo del Star Malher de Caen que ha adquirido la enojosa costumbre de hacer el yo-yo entre la primera y la segunda división del campeonato francés.

El fútbol es mi magdalena de Proust, esa afirmación es ampliamente compartida por los otros diez escritores. No hay necesidad alguna de ser semiólogo para sentir esas pequeñas explosiones de adrenalina que caracterizan este deporte tras una frase o una anécdota. En fin, en los países del Sur donde buena parte de la humanidad vive en un permanente apocalipsis del nacimiento a la muerte, el fútbol sirve de bálsamo para el corazón, de bocanada de aire, y eso no es desdeñable.

Al reunir esos relatos, al escuchar las canciones de K'naan he recordado las palabras del gran autor nigeriano Chinua Achebe, definiendo sus complejas relaciones con la mayor nación africana. Decía lo siguiente: «Ser nigeriano es una experiencia profundamente frustrante y, a la vez, increíblemente excitante». Y añadía de inmediato: «Si una vez muerto me fuera concedido reencarnarme, sería de nuevo nigeriano». Si la misma perspectiva se presentara a nuestros once escritores, elegirían el mismo camino, pues la experiencia africana es la más apasionante que nos sea concedido vivir en estos tiempos de desafío. De Argel al Cabo, de Melbourne a San Francisco, el mundo entero tendrá los ojos clavados en los campos y los estadios sudafricanos. Apostemos que la alegría de vivir, el sentido de la fiesta, las danzas, las risas y los cantos fraternales acudirán a la cita. Se recomienda usar y abusar de esas pequeñas delicias antes, durante y, claro está, mucho tiempo después de la Copa del Mundo 2010.

Abdourahman A. Waberi